

Y además, al percibir
cómo me hiela el sudor,
ya comienzo á presentir
que ese inocente cantor
á la entrada del Edén,
en vez de este mutuo amor,
acaso ¡fatalidad!
está cantando más bien
mi unión con la eternidad!

IV

¡Ay, Inés! ¡no puedo más!
Pongamos al viaje fin.
Aquí estoy bien, y además
siempre está donde tú estás
el oasis del jardín.
¡Gracias, mi esposa! ¡Tú aun crees
que este corazón senil
no es un árbol sin calor,
cuando con tan tierno amor
mi mano coges, Inés,
con el mismo aire gentil
con que se cogé una flor!
¡Ay! ignora tu bondad,
como ignoró mi ilusión,
que es inútil la beldad
cuando ya en el corazón
queda sólo la razón,
flor de la esterilidad!
Sentémonos, pues, aquí,

á las puertas del Edén;
y mientras maldigo así
este cuerpo baladí,
perdona el error de quien
se está muriendo por tí.
Muriéndome, Inés, ¡sí! ¡sí!
Por eso creyendo voy
que evaporado ya soy
errante espectro de mí.

V

Mas si no alcanzo al honor
de dar dos vueltas ó tres,
no es por falta de valor,
como tú sabes, Inés;
tan solamente ¡oh dolor!
por estos malditos pies,
no puedo entrar, como ves,
en el templo del amor.

Y ya que has llegado á ver
que para poder entrar
sólo me falta tener
los pies que me han de llevar,
te prometo, hermosa Inés,
que en cuanto yo tenga pies,
en tí, por tí y para tí
iré hasta el templo que ves,
y alguna vez más allá...
¿Dices que ahora? ¡Ay de mí!
la voluntad está aquí;
mas ¿y los pies? ¡Ahí está!!...



XLIX

SUFRIR ES VIVIR

Á MI QUERIDO AMIGO DON EDUARDO BUSTILLO

Maldiciendo mi dolor,
á Dios clamé de esta suerte:
— Haced que el tiempo, Señor,
venga á arrancarme este amor
que me está dando la muerte. —

Mis súplicas escuchando,
su interminable camino
de orden de Dios acertando,
corriendo, ó más bien, volando,
como siempre el tiempo vino.

Y — voy tu mal á curar —
dijo; y cuando el bien que adoro

me fué del pecho á arrancar,
me entró un afán de llorar
que aun, de recordarlo, lloro.

Temiendo por mi pasión
penas sufrí tan extrañas,
que aprendió mi corazón
que una misma cosa son
mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
gritó mi alma arrepentida:
— Decid al tiempo, Señor,
que no me arranque este amor,
que es arrancarme la vida. —

L

LOS DOS ESPEJOS

En el cristal de un espejo
á los cuarenta me ví,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia
mi rostro entonces miré,

y tal me ví en la conciencia,
que el corazón me rasgue.

Y es que, en perdiendo el mortal
la fe, juventud y amor,
¡se mira al espejo, y... mal!
¡se ve en el alma, y... peor!

LI

LA FE Y LA RAZÓN

Á DON NICOMEDES MARTÍN MATEOS

I

La Reina de Suecia un día,
recibiendo gravemente
lección de filosofía,
á Descartes le decía
con gravedad lo siguiente:

— Lleváis, maestro, al exceso
de mi ignorancia la fe:
PIENSO, luego SOY; no es eso:
pienso, luego sé que sé.

Ya veis que empiezo á dudar,
como vos, para creer.
Pero antes de comenzar,
decidme: ¿es ser el pensar?
¿Acaso el ser es saber?

No os alteréis; con paciencia
probaré que vuestra ciencia
puede resumirse así:
yo *soy* lo que *es*. Consecuencia:
no hay verdad en la experiencia,
ni dicha fuera de mí,
pues que saca la conciencia
fe, dicha y verdad, de sí.

¿Mi deducción no es probada?
Sin duda, pues la acomodo
á vuestra tesis sentada:
yo *soy sólo el ser*; de modo
que si es mi conciencia todo,
todo lo demás es nada.

¡Oh maldito escepticismo!
¿No estáis viendo, hombre inhumano,
que con atroz ateísmo
lanza vuestra impía mano
á Dios y al mundo á un abismo,
siendo el pensamiento humano
de sus juicios soberano,
y único juez de sí mismo?

¡Horrible es la ciencia, sí,
que hasta de la fe el consuelo
mata, pues juzgando así,
si existe Dios en el cielo,
sólo es porque existe en mí!

¡Maestro! vuestra opinión
que es ilusión confesad,
y si no es una ilusión,
mi mente es la autoridad;
la dicha es mi corazón;
soy lo que *es*; y en conclusión,
mi verdad es la verdad,
mi razón es la razón. —

II

Descartes, después de oír
á su alumna en aquel día,
de tristeza que tenía
se puso el pobre á morir,
y así muriendo decía:

— ¡Ay! ¿qué puedo conocer,
gran Dios, si ignoro yo mismo
si es igual pensar y ser?
¿Cómo salvaré el abismo
que hay entre el ser y el saber?
¿Dónde estás, razón que adoro?
¡Valedme, adorada fe!
¿Cuál es la verdad que exploro?
ya *sé* que *soy*: bien, ¿y qué?
¡Nada! Excepto el *sé que sé*,
todo lo demás lo ignoro.

¡Noble razón! ¡santa fe!
¿Eternamente estaré
entre una y otra en suspenso?
No hay duda: pienso que pienso,
mas lo que pienso no sé.

¿Será verdad que mi ciencia
va del ateísmo en pos,

y que, sin fe ni experiencia,
no existe más ley de Dios
que la ley de la conciencia?

¡Grande es mi error, pese á tall!
Soy porque pienso, ¿y después?
Después ya no hay bien ni mal,
pues cada hombre entonces es
centro del mundo moral.

¿Y cómo ha de hallar el alma
en este mundo quietud,
sin virtud que dé la calma,
sin fe que dé la virtud?

¡Sacadme, Dios de bondad,
de esta eterna confusión!
¿Mi verdad es la verdad?
¿Mi razón es la razón?

III

Cuando Descartes murió
Cristina del *sé que sé*
las consecuencias sacó,
y á Monaldeschi mató;
dió á su trono un puntapié;
su religión abjuró;
y al fin refugio buscó
en la católica fe.
Tal fué su historia. De suerte
que, de cuanto hay aburrída,
yendo hacia la eterna vida
que no muere con la muerte,
el célebre *sé que sé*
dió al olvido, y de este modo
halló la ciencia en la fe,
última verdad de todo.

Y próxima ya á llegar
á aquel último momento
en que engañar el pesar
es nuestro sólo contento,
decía con humildad,
pidiendo al cielo perdón:

— Recibe, Dios de bondad,
mi postrera confesión;
es la fe mi autoridad,
es el mal mi corazón.
¡No es mi verdad la verdad!
¡No es mi razón la razón!



LII

LAS CREENCIAS

*Deja todas las cosas transitorias, busca las
eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso?*

(KEMPIS, lib. III, cap. I.)

I

Queriendo un Rey discutir
las creencias, llama gente
de Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
tanto que puedo decir
que está allí el mundo presente.

II.—BELLEZA

El Rey su noble cabeza
cortés inclina hacia el suelo,
abre la sesión, y empieza:
— Se discute la *Belleza*,
raro presente del cielo.

— Es lo negro la hermosura, —
dice uno de negra tez.
Otro blanco: — Es la blancura.
— Lo azul, — un indio murmura;
y un chino: — La amarillez.

— Si tal, — clama uno, — No tal, —
gritan otros replicando.
Dice un griego: — Es lo ideal.
Un francés: — La gracia andando.
Un inglés: — Lo original.

Queda el Rey meditabundo, siguen los demás sus huellas, y piensa: — En creer me fundo que si hay en él cosas bellas, no hay tipo bello en el mundo.

Pausa. A tan locos extremos calla el concurso. Y después dice un sabio: — Según vemos, la belleza no es lo que es, sino que es lo que queremos.

Fijada así la cuestión, pregunta otro sabio. — ¿Qué es la belleza, en conclusión, si lo feo en un lapón es lo bello de un inglés?

Nadie á esto respuesta da. El gran Rey calla y suspira, y dice: — Acabemos ya; la belleza sólo está en los ojos de quien mira.

III.—GLORIA

Nueva expectación. Después prosigue el Rey: — Discutamos si nuestra *Gloria* sólo es el Gólgota, en que dejamos los primeros treinta y tres.

— De Bruto es la indignación.
— Es de César la grandeza.
— La vanidad en acción.
— Toda la humana simpleza, fundida en una ilusión.

— Placer de lo extraordinario.
— Humo que despide luz.
— Luz que despide un osario.
— Dicha de llevar la cruz á la cumbre de un calvario.

— ¡Gloria! grandeza pequeña.
— Dolor que canta una trompa.
— Verdad de todo el que sueña.
— Bazar en que el hombre enseña de su miseria la pompa.

— Espacio que un aire llena.
— Abrir tumbas con la espada.
— Morir viviendo en escena.
— Es un néctar que envenena.
— Es darlo todo por nada.

No viendo sino locura en duda tan espantosa, con la más honda amargura,
— ¡La gloria! — el gran Rey murmura, — ¡poca cosa, poca cosa!

IV.—JUSTICIA

— ¿Qué es justicia, y dónde se halla? — dice el Rey. A nombre tal, se alzan grandes y canalla, gritando unos: — ¡La metralla! diciendo otros: — ¡El puñal!

— La justicia es el humor.
— Lo justo es la autoridad.
Los grandes: — Es la bondad.
Los reyes: — Es el rigor.
El pueblo: — Es la libertad.

— Es — dicen los escogidos — que al bueno el que es malo tema. — y exclaman los oprimidos:
— La justicia es este lema:
¡DESDICHADOS LOS VENCIDOS!

A tan discorde rumor dice alto el Rey: — ¡Basta ya! y en voz baja: — Pues, señor, todo espectáculo está dentro del espectador.

V.—VIRTUD

Sigue el Rey con emoción, pero con noble actitud:
— ¿La virtud es ilusión?
¿Es prueba una buena acción de que hay tipo de *virtud*?

Y un sabio: — Hay virtud cumplida, — responde — si hay quien se atreva á obrar siempre como deba; mas ¿puede haber en la vida juicio que esté á toda prueba?

De este sabio á la opinión se adhiere otro sabio más:
— ¿Qué es virtud, en conclusión, si hay puntos donde jamás resiste nuestra razón?

— La virtud — dice un pagano — es el placer que va unido al bello ideal humano.
— La virtud — dice un cristiano — es el deseo vencido.

Y exclama la juventud:
— La virtud no es la fortuna.
A lo cual la multitud dice: — Mas, sin duda alguna, la fortuna es la virtud.

Y un hombre que irracional toma por ciencia el desdén, dice: — Regla general: dudad cuando os hablen bien; creed cuando os hablen mal.

— Es tristeza. — Es el contento.
— Es sufrir. — Es la salud.
Y un epicúreo opulento prorrumpo: — ¡Virtud! ¡virtud! cuestión de temperamento.

A este axioma el Rey. — No hay tal, — á replicar se apresura;
— la virtud es inmortal;
si el mundo es un cenagal, buscadla siempre en la altura.

VI.—RELIGIÓN

Una tras otra ilusión mirando desvanecidas,
— Veamos la *Religión*, — dijo el gran Rey, ya caídas las alas del corazón.

Uno: — Es fe. Y otro: — Es conciencia.
— Es lo eterno. — Es el no ser.
— Es fuerza. — Es benevolencia.
— Es de Confucio la ciencia.
— Es de Mahoma el placer.

— ¡Silencio! — el gran Rey profiere, la religión viendo hollada; — creer sólo en lo que agrada, es todo lo que se quiere, y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente traidora, dardos la impiedad te lanza, *Religión*, que el mundo adora, fuente de nuestra esperanza, de esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional podrá creer que eres un sueño, bálsamo de todo mal, luz á través de la cual todo en el mundo es pequeño!

VII

Calló, y á una cortesía que hizo al pueblo el Rey de pie, todo el concurso aquel día, creyendo lo que creía, por donde vino se fué.

LIII

TODO ES UNO Y LO MISMO

(Axioma de Schelling.)

A mi amigo el Marqués de Molins

PRIMERA PARTE

A lo ideal por lo real

I

Juan amaba tanto á Luisa, como á Luis quería Juana; y aunque me exponga á la risa de la multitud liviana, diré que su simpatía rayaba en tales extremos, cual la que tener podemos, tú á tu esposa, y yo á la mía.

Sí, Marqués, no os cause espanto el que ponga frente á frente su encanto con nuestro encanto; pues podéis creer firmemente que, aunque no se amasen tanto, se amaban inmensamente.

II

Mas la muerte, esa tirana que siempre el mal improvisa, llevándose á Juan y á Juana, solos dejó á Luis y á Luisa.